

LA CRISIS ESTRUCTURAL DE LA ORGANIZACION INTERNACIONAL

1. Desde estas mismas páginas hemos abordado varias veces los más apremiantes problemas del momento —o del período— mundial, que atravesamos, y nos hemos dejado arrastrar por el fondo de la realidad, que tras de su apariencia vocinglera, a impulsos de campañas y propagandas, tienen los conocidos problemas «de las cinco D»: desarme, descolonización, desarrollo, demología y devastación (de los recursos mundiales); cambiando por el amplio término de demología, el más usual de demografía, que arroja inicial y automáticamente un olor a control de natalidad (y no a ordenación de espacios y medios) cuyas tendencias en los foros internacionales no coinciden con las ideas espiritualistas de que la Tierra es para el Hombre, y no a la inversa —permítasenos citar no ya al llorado Juan XXIII, sino al menos llorado J. V. Stalin: «el capital máspreciado es el hombre»— por lo que las cosas no debieran disponerse para un sacrificio por anticipado e indiscriminado de la vida humana, sin haber agotado antes el estudio de los medios y perspectivas de la acomodación del homo sapiens (?) sobre el planeta. En las D no hemos añadido «democracia» porque el conocido abuso del vocablo arrastra por doquier la confusión.

Pero ahora nos vamos a ocupar de un tema que roza y se interfiere con los anteriores: el de la organización, o más exactamente, dada su abundante pluralidad, las organizaciones internacionales. Se comprende que no exhaustivamente —se necesitarían gruesos volúmenes, siempre en riesgo de incompletos «de entrada»— y ni siquiera con una rigurosa selección en profundidad, de sus puntos-clave. No somos fetichistas de la letra impresa o escrita que suponen los abundantísimos instrumentos internacionales de carácter orgánico. Ahora ya, una simple ojeada —u hojeada— al Anuario de las Organizaciones Internacionales, comprueba que se ha hecho realista la historia burlesca que antes de 1914 circulaba, según la cual en los actuales países del Benelux, el hombre no era un animal social, sino asociado.

2. Pues eso mismo podríamos decir de los Estados, todavía células básicas de la Comunidad Mundial, aunque no es exclusiva, ni en muchos casos con preponderancia (¿quién hace más Historia mundial, Albania o la Federación Mundial de Sindicatos?). Se han agrupado o combinado tanto, dando ejemplo a las organizaciones extra o subestatales de alcance internacional, que en su jugoso ensayo Antonio Truyol (La Sociedad Internacional) anota como organizaciones internacionales de 1693 —punto de partido cuyo quid no comprendemos bien—, en 1954, 178 «gubernamentales» y 1709 «no-gubernamentales» (suponemos al lector familiarizado con las cuatro categorías que ha creado la ONU) mientras que en 1971 ya eran 242 y 2296, respectivamente. Ahora son más, y por ahora escribimos un momento fugaz en perpetuo auge.

Las organizaciones internacionales no se limitan o conviven y completarse o combinarse colaborativamente. Prescindiendo de las que abiertamente tienen por objeto neutralizar y potencialmente destruir otras —como los bloques militares, y sordamente algunos económicos—, la mayoría se superpone, duplica, rectifica, y en conjunto complica, lo que ya de por sí está extraordinariamente recargado y difícil: el desenvolvimiento cotidiano del homo sapiens —el hombre aplastado y apresurado, de no constituir el ejemplo contrario de hombre abandonado y perplejo— y el de sus agrupaciones orgánicas, calificables de internacionales; término expansivo y elástico, pues en un mundo interdependiente e interpenetrado, solidario, pese a su frecuente insolidaridad, y con un horizonte carencial de hacinamiento y homogeneización para compartir lo que pueda en orden a la supervivencia. La abundancia —hipócritamente negada de grupos y conductas antisolidarias, encaminadas a resolver los problemas, con los viejos métodos de la imposición unilateral, despreocupándose del prójimo, o con la destrucción de corte genocida, confirma la regla, que es de un sentido común al que los descabros de los insolidarios —incluso triunfantes— abrirá camino, ¿o es que no recordamos que los progresos científicos y técnicos causados por las dos grandes guerras del siglo no compensan los enormes e irreparables estragos que han producido? Que las masas de ciertos países vivan más «adelantadamente» que en 1914 no supone que la Humanidad viva mejor que en el lejano 1914.

* * *

3. Vamos, pues, a comenzar por la única —y la primera en la Historia conocida— organización internacional de proporciones mundiales y vocación

universal: la ONU. Si queda espacio, podrán abordarse otros ejemplos «menores» —comparativamente—, y si no, dejar el examen para mejor ocasión. Es ridícula la crítica superficial de que porque la historia de la ONU, en sus casi treinta años de existencia, registre muchos logros menores, y graves fracasos mayores, no hay que tomarla demasiado en serio, preocupándonos más del entendimiento y de la conducta de los grandes poderes, y de la acción técnica, humanitaria y social, consideradas en sí mismas. Hasta negativamente la ONU, con su reconocida impotencia ante ciertos problemas, pesa sobre todos, grandes y pequeños —los «medianos» han quedado emparedados y, como la añeja clase media de muchos Estados, tienden a polarizar sus estratos hacia arriba o hacia abajo—, y la acción y la cooperación especializada encuentran en general su más expeditivo o experimentado cauce por las llamadas «agencias especializadas» de la ONU —del ECOSOC son muchas—; entre otras cosas, porque la ONU recogió las más notables pre-existentes y porque luego han proliferado, cubriendo huecos inicialmente imprevistos.

Más aún: la «acción regional» tímida y escuetamente enunciada en el capítulo VIII de la Carta de San Francisco, y que ha revelado su potencia y su eficacia en muchos momentos allende las posibilidades de la ONU —sin olvidar cuando también se ha estrellado—, tiene que tener un punto de referencia o enlace entre las variadas encarnaciones que ofrece, y ese punto no puede ser otro que los organismos centrales, comunes o generales de aquélla, sin cuya presencia, por mínima que sea, mucho de lo que sólo es caos o rivalidad, sería choque abierto sin alternativas. No; de la ONU hay que decir lo que Palacky del Imperio de los Habsburgos en el siglo XIX: si no existiera, habría que inventarla. Y añadido, puesto que existe —incluso con el trasfondo de malos recuerdos que anida en la mente de los españoles y de otros pueblos, a veces no bien tratados por aquélla—: perfeccionémosla y sigámos adelante. Porque de la «crisis de la ONU» estamos oyendo hablar casi desde que se creó —y no sin fundamentos, sólo que amplificados—, y en los estudios sobre la ONU, si quitamos los aparecidos cuando era casi una interrogante —Hambro, Kelsen y compañía—, no se omiten las alusiones o explicaciones a fracasos o crisis. Varios estudios colectivos y algunos individuales se han consagrado a ella con diversos propósitos, no siempre perceptibles a primera vista. Aun separando tres cosas relacionadas —la abstención o apartamiento por parte de la ONU de problemas que debiera haber acometido o proseguido, sus fracasos o errores en otros bastante vitales

y la reforma del sistema onusiano—, se comprende todo que por percibir sus fallos. Vamos a dar primacía al último aspecto partiendo del eco de las tentativas de reforma de la Carta, iniciadas en 1947, estudiadas por el «Comité de los Veinticinco» y propuestas en detalle en el proyecto Arce de 1950.

* * *

4. Las propuestas han sido muchas: si nada humano es perfecto, menos un Código o Estatuto orgánico mundial que nace en plena II Gran Guerra, en el seno de un grupo reducido de poderosos del bando vencedor, no sólo egoístas, sino desgastados e irritados, con un coro de simples seguidores. Pero la verdad es que la resistencia de los intereses creados por los «padres» de la Carta, y de lo que suponían, ha frenado las iniciativas de reforma. El capítulo XVIII de dicho instrumento es restrictivo y dificultoso de por sí, y eso que preveía (¿burllescamente?) que el tema se tratara al menos en la X Asamblea General después de regir la Carta. Los «grandes»—los del liberum veto inconcebible dentro de un verdadero Derecho internacional—tenían que dar su placet a la reforma y, claro está, no lo han dado en cuanto de cerca o de lejos los afectaba. De hecho, no lo han hecho sino para las modestas reformas de los artículos 23, 27, 61, 67 y 109, que ampliaron el número de miembros del Consejo que sigue llamándose, como quisieron sus creadores «de Seguridad», y del Económico y Social (ECOSOC), no lejano, claro está, con el liberum veto. Ahora, al concluir el vigésimo período anual de sesiones de la Asamblea, parece que tendremos—cuando la veamos rematar su trabajo seremos más crédulos—una Comisión de 32 miembros que efectúe la reforma a fondo de la Carta. El lector no nos llamará suspicaces, pesimistas o desconfiados si recordamos que el acuerdo se votó contra el parecer de cuatro grandes con liberum veto: Estados Unidos, URSS, Reino Unido y Francia; quedó como grande «razonable» la China Popular. Esto, si no cambia en su momento, guillotinará la reforma «a fondo». Porque una transacción a base de remiendos menores sería un fraude que dejaría en pie los males estructurales de la ONU; la alternativa podría ser muy grave: las desganas, la falta de cooperación o de cumplimiento de las resoluciones onusianas—tampoco nueva; que nos lo pregunten a los españoles «vecinos» del peñón de Gibraltar y del Bidasoa—ni generalizada. Y, ya en el terreno de la fantasía, no imposible el cisma. ¿Por qué no podría un puñado de pueblos, hartos y desengañados, crear otra ONU, sólo que mejor, aunque fuera más modesta, aprovechando las lecciones de la que conocemos? Puede dete-

nerles la dificultad en improvisar «agencias especializadas», el temor a los grandes y la secreta esperanza de vencerlos, haciendo que la Asamblea supere los escollos del Consejo. Después de todo, el veto ruso fue superado una vez en el propio Consejo de Seguridad: allá por 1950, cuando la URSS se retiró ingenuamente al internacionalizarse el conflicto coreano. Pero aprendió la lección, y los otros grandes, también. En realidad, los males del mundo se remediarían más con una pedagogía internacional de cooperación efectiva que añadiendo un texto nuevo al preexistente.

Ahora el Tercer Mundo ofrecerá un bloque mayoritario de esas tendencias, que los «círculos responsables» —y egoístas— de Washington y Londres suelen llamar demagógicas. Y, claro está, como ello ocasionará un eco casi automático en el ECOSOC, del que con mayor o menor autonomía dependen las agencias especializadas, la conducta de éstas o se bifurcará o girará como veleta al viento que sopla en cada momento. Ya pasamos rápida revista —que se nos permitirá recordar— a este bosque orgánico en nuestro comentario del número anterior de esta misma Revista. Acaso por ello siguen siendo visibles los contrastes entre los «viejos pilares» de criterio capitalista (clásico) —BANK y FUND, ICAD, UPU, UTI, WMO—, los transaccionales o «des-enfilados» favorecidos por su naturaleza (IAEA hasta ahora: desde la «crisis del petróleo» puede verse arrastrada; FAO, IMCO, WHO), los respetables dentro de una orientación progresista aprobada por los grandes—ILO, UNESCO— y los nuevos o derivados de los clásicos, que paulatinamente escorarán de la banda de los pediguieños subdesarrollados, algunos luego ilógicamente enriquecidos—como los petroleros—, cual sucede a la IFC, la IDA y, con borrascas, a los GATT/UNCTAD. El criterio clasificatorio será discutible o variable; la idea de la que es parte es obvia. Más aún, el «venerable» y un tanto empolvado Tribunal de La Haya (única superviviente con la ILO del viejo y sobrio montaje ginebrino de 1919) va a experimentar también cambios, y de ello quizá nos enteremos los españoles. Porque el mal sabor que su dictamen sobre Namibia dejó en el Tercer Mundo quizá se quiera compensar (?) en el futuro con alguna rectificación sahariana, que sería comentada y mortal para los sabios rectificadores. No lucubramos hipótesis gratuitas e irrespetuosas: reflejamos multitud de comentarios del dominio público—aparecidos en publicaciones de vario origen— que no resultan disparatados al ver la auténtica irrespetuosidad con que la pasión política, o lo que sea, ha acometido a solemnes instrumentos técnicos: ¿qué tendría que ver el «colonialismo» reprochado al Portugal caetanista con los

pactos que para facilitar las comunicaciones mantenía desde hace un siglo la UPU? En fin, al margen de la ONU se han creado instrumentos de división mundial desde que nacieron, como la AIE (1974), a la que por cierto, y «con reservas», pertenece España.

* * *

5. Muchas causas, incluido el «impacto» de los nuevos Estados —mayoritarios en la ONU—, han averiado hasta dejarlo irreconocible el Derecho internacional clásico, subvirtiéndolo sin asegurar su inmediata sustitución correlativa. Son ejemplos: los problemas del mar y del submar, del espacio ultraespacial, los de la nacionalización o apropiación más o menos expropiativa de explotaciones y del monopolio de «recursos propios» (réplica del neocolonialismo financiero), el de las inmunidades y albergues o grupos nada pacíficos y las injerencias en la casa ajena a que ello se presta, el de la cooperación para el desarrollo —que a veces es sólo supervivencia— y la reconstrucción de los devastados. Y como típicos, el alto no ya a la agresión o a la guerra, con o sin disfraz, sino al rearme que la prepara; a los bloques en los que se crean barreras que dividen en lugar de aproximar, y, en fin, cuantos caben en el ambicioso artículo 1.º de la Carta, complementado por el 2.º, que en su letra pueden ser inalterables y que en realidad parecen una muestra de hasta dónde puede llegar la discordancia entre lo solemnemente escrito y prometido y lo real y efectivamente vivido en esta época que se creía feliz, porque ha dejado pasar treinta y cinco años desde la II Gran Guerra sin alumbrar otra equivalente, cuando en realidad lo que ha hecho es fragmentar, escalonándolos o simultaneándolos, a los conflictos pudorosamente llamados «locales», y simultanear la producción en torrente —a veces en el marco de aparatosas conferencias o publicitarias entrevistas— los «avances» sobre el papel, previéndolo todo y remediándolo casi todo (?) dentro de la mayor conjunción conocida de choques, «incidentes», bloqueos, extorsiones y demás males. Con dos resultados de conjunto, de los que es reflejo la crisis estructural de la ONU, y tras de ello el eco de las paralelas organizaciones regionales y en algunas «agencias especializadas».

* * *

6. El primero de aquéllos es vivir en estado de inseguridad permanente, contando por días el auge de los stocks atómicos y de los censos demográ-

ficos, así como la mengua de los recursos y de los intercambios libres. El segundo resultado, dar una inesperada y póstuma razón a los viejos truenos apocalípticos de Marx—anticipados bajo otras formas desde antes del cristianismo—, pero trasladándolos de las que ya resultan reducidas—por parangón—luchas de clases dentro de los Estados a las más graves luchas de pueblos en el mundo: entre superdesarrollados y subdesarrollados, con los emparedamientos indeseables de los que ocupan provisionalmente posiciones intermedias. «O suben o bajan», que diría nuestro Juan Ginés de Sepúlveda, si viviera. Aun en medio de los abrazos entre aliados se esconden, si no puñales, desconfianzas y ardidés: más claro es el odio—que en el lenguaje empleado por el Tercer Mundo, desde Bandung/Accra a Habana/Argel, no se disimula—entre los *beatis et appetentis possidentis terrae* y los «desheredados». Por mucho que en éstos progrese su parte de culpa, al correr los años desde las emancipaciones, más bien de fachada política. Si los españoles ya nos reímos cuando los males de la América latina (entre nosotros: hispánica, que el latín es allí también lengua muerta) se achacan a los encomenderos de hace trescientos años, las ex metrópolis del siglo XX acabarán rechazando las quejas de sus ex gobernados, y si se quiere ex explotados, cuando éstos lleven un medio siglo de desgobierno propio. Y todos acabarán arremetiendo contra la gran ficción expresiva de una escandalosa e injusta desigualdad entre los sacados a la vergüenza mundial en los foros de la ONU—y similares—y los que poseen bula para un silencio cómplice. De los Sukarno, Nkrumah, Amin y sus cien colegas añadibles no tienen la culpa las ex metrópolis. Pero nadie pidió cuentas a los rusos de cómo han hecho progresar, en muchos casos y expeditivamente, a sus alógenos soviéticos de Asia (las «ocupaciones» en Europa han sido rápidamente olvidadas, tras fugaces e inoperantes condenas en algún caso—Hungria—por contraposición a otros—Checoslovaquia—). Ni a los han respecto de sus tibetanos, mongoles y vigures, por ejemplo. Ni a los padres—según autodefinición—de la «democracia», los británicos; no en el olvidado Gibraltar, precedido en otros periodos tormentosos por Chipre, Malaya y Kenia, por ejemplo, sino entre esos «tártaros de Crimea», futuros «tasmanianos de Europa», que son las masas pobres del Ulster. Y sobre Israel la Asamblea ha acumulado retóricas condenas, que sólo han empezado a tomarse en serio después que los grifos y los precios del petróleo han tambaleado la ya crujiente economía de los ricos y de sus forzados compañeros de suerte.

7. Hay una posible «defensa» que parece pintoresca y que dejaría perplejos a los redactores de la Carta, que creían «haberlo amarrado todo y bien amarrado» con las preponderantes atribuciones concedidas al Consejo. Africa del Sur—blanco, como otros países, de la antipatía de la mayoría onusiana, en ese reparto de tendencias que se despreocupa de lo que pasa en Riga, Omsk o Belfast y se desvive por lo que sucede en Johannesburgo—ha sido expulsada de la última Asamblea, dando el portazo el presidente Buteflika, que por cierto conmovió al mundo «metiendo en cintura» los discursos propagandísticos del israelí Tekoah—no mayores ni menores que los de sus oponentes árabes—, y dando el espaldarazo de bienvenida al revolucionario palestino Arafat—o sea, a la OLP—ante la estupefacción del Tío Sam y demás Estados de minoría dirigente israelita, ya que por prestar hospitalidad a la ONU y sufragar la mayoría de sus gastos se creían a cubierto de ciertos atrevimientos. La definición oficial de la «agresión» (a los veinte años de estudiarla) por el acuerdo de la Asamblea de 22 de diciembre de 1974 no va a enterrar las acusaciones ni las agresiones.

La verdad es que lo que al principio fue tímida discordancia entre Consejo y Asamblea, con ecos en el ECOSOC, más proclive a seguir los rumbos de la Asamblea, es ya ruidosa discrepancia, en términos tales que su futuro curso va a hacer saltar la obra y la aplicación de los principios y preceptos de la Carta, o, si sigue por un consensus invisible en prolongar la situación ante el temor a su vacío, va a proporcionar un anárquico y casuístico zigzag de resoluciones, muchas rigurosamente contradictorias, que fomenten la anarquía internacional—sálvese el que pueda, impóngase quien pueda—desde el que debía ser Templo del Sistema Mundial.

* * *

8. ¿Rectificaciones ante la alarma que provoque el curso de los hechos? Lo dudamos. Los rigurosos estudios de Aznar, en esta misma Revista (números 121 y 122), sobre los Estados de la posguerra y el número de Estados que ingresarán en la ONU en los próximos años revelan que la cantera de admisiones sólo tiene un origen, las llamadas descolonizaciones—Comors será candidata dentro de poco—, mientras que los grandes y su cortejo permanecerán petrificados y no a cubierto de «deserciones», aunque algunos ex subdesarrollados se hayan añadido al cortejo de los grandes digamos conservadores (Japón, Brasil y quizá Méjico, porque la Unión India, Pakistán y la misma Indonesia no son satélites de lo que habrá que dejar de llamar

Occidente para no empeorar las cosas). Si, según Cánovas, el sufragio universal—siglo XIX—llevaba al comunismo, según todos, la Asamblea General lleva a la ONU a la demagogia. Los «grandes» sólo podrían esperar un cambio de perspectivas si milagrosas e imprevisibles circunstancias hicieran que los también grandes, pero no «occidentales»—la URSS en cabeza, y quién puede decir si la China Popular mucho más tarde—anudaran con ellos lazos de intereses comunes suficientes como para sacrificar ciertos principios ideológicos (y al par rentables) de signo marxista. Y las llamadas al orden a los delegados de los satélites o ex satélites serán siempre inseguros de sus resultados. En pleitos bilaterales entre euramericanos, el Tercer Mundo podrá dividirse. Pero ya dijimos que en lo que le afecte en bloque se unirá, «apisonando» todo intento razonable de compromiso constructivo. No, el equilibrio actual en la ONU no puede durar.

* * *

9. Como la acción como gendarmes de la paz—abandono sin perjuicio de las apariencias de los proyectos de desarme universal rápido—, incluso impuesta hegemonícamente por la ONU y los grandes—lo que viene a ser lo mismo por el juego del capítulo V de la Carta, con sus paralelos «regionales»—, ha fracasado, han empezado por dividirse los cinco sheriffs de la Wild Earth posbélica. Los seguidores de Estados Unidos, con amnesia, ingratitud, egoísmo y «grandeza» calenturienta, juegan a sacar cada cual lo que pueda y como pueda de su cansado protector, en el que los tirones semi-aislacionistas van a ser cada vez más fuertes. No ya por las derrotas con sordina (Indochina), sino porque su corral propio—según dicen en el Oeste incluso los angloparlantes—, las Américas, se les insubordinan. Los enemigos de Estados Unidos, porque la querrela ruso-china ha ido demasiado lejos para que sea una añagaza o una incidencia ocasional; el Japón ha sido el primero en comprenderlo y aprovecharlo, trabajando a la vez. Cuando dos supergendarmes—Estados Unidos y la URSS—se pusieron de acuerdo, como en Berlín, Suez y el Líbano, la policía mundial funcionó. Recuérdese que los pocos acuerdos sobre desarme parcial o contención de la carrera armada al abismo suelen proceder de iniciativas o de entendimientos entre esos grandes. Citamos: Tratados de la Antártica (1-XII-59), prohibición de pruebas nucleares en la atmósfera (8-VIII-63), exploración y uso del espacio exterior, incluidos los planetas (10-X-67), «desnuclearización» de América latina (14-II-67), no proliferación nuclear (5-III-70), no «analización» submarina

(18-V-72), prohibición bélica y antibacteriódgena y antitoxina (10-VIII-72). Y los acuerdos ruso-yanquis de comunicación directa (10-VI-63) y su mejora (30-IX-71) de choques nucleares por accidente (30-XI-71), incluso marítimos (25-V-72), limitación SALT (26-V-72) y en régimen interino (igual fecha), incidentes en alta mar (22-V-73) y «prevención nuclear» (22-VI-73). La lista de los acuerdos de cooperación «pacífica» es mucho mayor, pero menos trascendente hoy. Cuando no, han cabido muchas posturas (?) que no dan soluciones a la ONU. Cabe mezclarse a remolque de uno —Corea— o no mezclarse en absoluto —Indochina— (la guerra de los treinta y tres años, capaz de acabar con la población y que ya se ha llevado por delante a la SEATO, gendarme local frustrado), como en otro orden el Pacto de Bagdad. Mezclarse ocasional y poco felizmente (Katanga: por doquier olián a petróleo los muertos) los productos estratégicos, o por ráfagas (Sinaí-Golán, Chipre). O dejar que se «mezcle» uno solo (Santo Domingo tras del fracaso en Cuba y los rumores sobre los misterios de Guatemala, Bolivia y, según una versión, Chile, porque los del canal de Panamá son tabú). Cierto: los grandes han coincidido en varios otros temas (reparto de Europa en 1941, divisiones en Corea y Alemania, «ayudas» a clientes y no clientes, etc.), formulándose glacies y cortejos propios. Pero bien con alcance negativo o con marcado coste competitivo. Empleando dos métodos inocentes —sin inocencia—, como los de variar las coaliciones llamándolas «sistemas regionales» y los de concurrir en competencia, no generosa, sino voraz y ventajista, siempre facilitaron, primero, armamento, y luego, onerosamente, la ayuda técnica civil o los auxilios económicos por debajo de lo necesario.

* * *

10. Las estructuras de la ONU crujen, no exclusivamente porque sean buenas o malas las diseñadas en 1945, que de todo tienen, y observadas en conjunto proporcionarían por lo menos pautas de relación internacional, con un mínimo de convivencia civilizada. «Hacen agua» porque voluntaria e involuntariamente, según los casos y las ocasiones, las realidades de la Historia vivida, han discurrido por otros cauces, muchos encontrados entre sí y algunos condenados a explosiones forzosas.

El Consejo ha burlado a la Asamblea cuando quería, y la Asamblea se va desquitando en grado creciente y alarmante, confundiendo sus papeles desde 1954. El Tribunal se ha oxidado. La ECOSOC y algunas de sus filiales

se han disparado. Del Comité de Estado Mayor sólo se acuerdan los eruditos. El Consejo de Fideicomisos se va quedando en «paro forzoso» y su apéndice, la Comisión de los Veinticuatro, ha sido tan rápida que le queda poco por hacer; lo contrario que a las Agencias—Juntas, Consejos, autoridades—de cooperación económica y social, semiinéditas. Al UNICEF se le deja pedir casi como a los indigentes. Del Secretariado más vale no hablar. Pasado tormentoso y parciales comienzos; pero hace lo que puede—meritorio aunque insuficiente—en pugna con obstáculos externos y, aunque no lo parezca, internos. Los remedios de dar algún dinero y algunos productos o de enviar misiones y técnicos están bien, pero hasta hoy son insuficientes.

Y cuando el Gran Gato da mal ejemplo, los ratones le imitan. La OEA se ha hartado de la hegemonía yanqui—fracasada la «Alianza para el Progreso» y los remiendos de su Carta—, percibiéndose la fuerza del bloque o bloques «latinoamericanos» en busca de su propio camino, por sus medios propios, aun contando con la presencia de países pro yanquis en su seno, alguno de proporciones colosales. Desde Lima a Atlanta, en adelante, hay dos OEA en el seno de la única oficialmente intento.

La CARIFTA huele a neocolonialismo anglosajón. La ODEA-ADECA aún se repone de su grave crisis. La ALALC sigue balbuceando, y ya es bastante. El bloque andino espera estrenar realizaciones: es mucho.

En Europa, la CEE es el más regresivo ejemplo de bloque capitalista-industrial que ha podido montarse para que en la dividida e impotente media Europa del Oeste haya megapoleis é ilotas. La UEO no es nada, y la OCDE, muy poco. El Consejo de Europa, sí: refugio de retóricos, empapados de una unilateralidad que oscila entre la representación romántica y el sectarismo interesado. La OTAN, pavoneándose—y pavoneada, a veces, por plumas ingenuas—de haber «contenido» una elaborada perspectiva de invasión, refleja los males de la CEE y daña más a algunos incautos países «occidentales» que a los supuestos «invasores», que han montado—con menos ruido y más realismo—sus réplicas: el Pacto de Varsovia y el COMECON.

Que la OUA sea una «olla de grillos»—la frase se pronunció por uno de los delegados en una de sus conferencias—no nos sorprende. Sí nos sorprende el éxito de la Liga Árabe al no haber desaparecido y el de la Comisión de los Mares del Sur, con el Plan Colombo: lo más serio que se encuentra en el cuadro de la pluralidad anárquica regional. Porque el ANZUS lleva malos derroteros; eso sí, con sordina, buenos modales y té a las cinco.

11. *El mundo ha entrado en una nueva era de crisis de proporciones y efectos poco calculables. Podemos volver a las cavernas o, más razonablemente, a una «austeridad regimentada» que recuerde de lejos las recomendaciones del MIT, con el I Informe Meadows. Y que se parecería más a los Estados-colmenas del Este que a los Estados-hormigoneras del Oeste. En ese mundo, el sistema ideado en 1945 no podrá estirar mucho sus estructuras. Con las resoluciones altisonantes no se van a improvisar ersetzen de los productos vitales agotados ni hueco para las masas «excedentes». El clásico y bárbaro remedio de las guerras «niveladoras» (?) ya no sirve: los que lo usaran lo sufrirían más que sus víctimas. Tienen más que perder, diría algún barbudo profeta posapocalíptico, desde su tumba, tras de haber encontrado tantas sorpresas en cuanto a sus otras profecías. Si se «interviene» (vulgo: invade) al Medio Oriente petrolífero, ya se verá lo que pasa. Dios lo evite.*

Acabamos este comentario no rematándolo con un formulario de recetas estructurales, fáciles de imaginar y nutritoras de abundante literatura al uso de los oradores internacionalistas. Nos quedamos sólo en el aviso, que para los enterados (aunque lo callen) sobra. Pero es que los no avisados—incluso los ciegos por voluntad—son legión entre las «masas» y, lo que es peor, nutrida y peligrosa élite entre los sectores en cuyas manos está el futuro del mundo. ¡Que los «32 reformadores» de la Carta sean algo más, y tengan éxito, para seguir viviendo todos! Amén.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

